

¿Qué idea tienen los adolescentes de secundaria de la familia?

Jesús Omar Manjarrez Ibarra*
Gloria Patricia Carrillo Durán
María del Refugio López Santiago

Los cambios del mundo contemporáneo están reorganizando las formas de vida de las familias incluyendo los estilos de crianza y los patrones disciplinarios, los cuales bajo nuevas circunstancias se están volviendo más erráticos. Las tradiciones culturales ya no sostienen con seguridad estilos de crianza autoritarios en virtud de la creciente cantidad de opiniones de expertos que están examinando el desarrollo humano. Este estudio reporta cómo los padres están sometidos en la esfera económica a una dinámica de supervivencia que los aleja de sus familias, y cómo en el mutilado tiempo que les queda para convivir con sus hijos siguen recurriendo al autoritarismo como principal práctica de crianza. También, utilizando la metodología de la teoría estructural de las representaciones sociales, se reconstruye la significación que los adolescentes dan a “la familia”. Los estudiantes de secundaria perciben la predominancia de los estilos autoritarios, y si bien caracterizan a la familia todavía con los contenidos ideales de la convivencia afectiva, su representación se encamina hacia una versión más desfavorable vinculada con la violencia emocional.

“¿Entonces tenemos que ser más estrictos con ellos? ¿O qué hacemos?” Expresó el señor Domínguez en una reunión donde presentamos a un grupo de padres de familia la caracterización que sus hijos hicieron de “la familia”. Dos grupos de adolescentes de segundo año de secundaria, en el oriente y norte-occidente de la zona metropolitana de la ciudad de México (ZMCM), *tienen como idea de familia el maltrato intrafamiliar, del tipo denominado*

* Departamento de Sociología, UAM-I.

violencia emocional. Esta idea de familia se ha confirmado con grupos de padres del oriente de la ciudad, orientadores, trabajadores sociales y maestros de las dos escuelas secundarias en donde se realizaron los estudios. Las hipótesis de la colonización del mundo, de la vida (Habermas, 1987), la desmodernización (Touraine, 1997), o el desanclaje de las relaciones sociales (Giddens, 1995), pueden encontrar en este estudio una ilustración acerca de cómo el medio dinero, la desmodernización manifestada en el aumento de las familias ausentes, o el desanclaje de las relaciones sociales introducido por la modificación de las concepciones de la familia, resultado del trabajo de expertos y medios de comunicación, están transformando el funcionamiento de la familia. El presente texto se aboca entonces a mostrar: algunas de las presiones enfrentadas por las familias derivadas de la esfera económica, los efectos de dichas presiones sobre las prácticas de crianza y estilos disciplinarios dominantes en las familias de los niños de las secundarias estudiadas, y las transformaciones que dichas prácticas están produciendo en los contenidos de las ideas de los niños sobre la familia.

1. Las transformaciones del mundo contemporáneo y la familia

El mundo contemporáneo ha sido caracterizado por diversos científicos sociales en sus líneas más generales por las siguientes abstracciones. A principios del siglo XX, la teoría de la racionalización de Max Weber postuló un proceso histórico universal, consistente en la racionalización de las imágenes del mundo y su contraparte, el desencantamiento de las imágenes religioso-metafísicas, como fuente de las estructuras de conciencia modernas y su puesta en práctica en las instituciones de un sistema económico regido por el mercado y un aparato estatal complementario, entidades en donde mejor se expresó la acción racional con arreglo a fines (Weber, 1983).

Esta puesta en práctica de las estructuras de conciencia modernas continuó en un proceso de diferenciación de esferas culturales de valor que se independizaron entre sí, dando lugar a antagonismos entre los órdenes de vida correspondientes a cada

clase de esfera cultural. Si el punto de arranque de las diferentes formas de racionalización fue la pretensión de que el mundo y su historia tenían algún tipo de sentido, diversos órdenes de valor enfrentados en un conflicto irresoluble trajeron consigo una primera consecuencia, la pérdida de sentido del mundo.

Por otra parte, el ascetismo encarnado en la vida profesional se propuso transformar el mundo y ejercitarse en él, forma de actuación que contribuyó al crecimiento desmesurado de la actividad económica moderna. La hipertrofia de la actividad económica conformó una segunda consecuencia: el creciente poder de los bienes externos de este mundo sobre los hombres, conocida como la pérdida de la libertad.

Las organizaciones, al regular cada vez más las acciones de los hombres sin tomar en cuenta sus éticas personales o culturales (Weber, 1983), el avance de la burocratización de la economía y la política, impulsó el desplazamiento de la racionalidad con arreglo a fines de la racionalidad y a valores. En resumen, para Weber, dos síntomas identifican a la época moderna: la pérdida de sentido y la pérdida de libertad, ambas consecuencia de un movimiento de las sociedades regulado por el proceso de racionalización instrumental.

Este diagnóstico de nuestro tiempo fue actualizado por Jürgen Habermas (1987) al proponer la hipótesis de colonización del mundo de la vida, en la cual los medios poder y dinero fracturan la integridad de la vida común humana, al incrementarse las actividades de las esferas económica y política. El mundo de la vida, que en el inicio de las sociedades humanas está articulado con un sistema social poco diferenciado, se degrada progresivamente a un subsistema más entre otros. En ese proceso, los mecanismos sistémicos se separan crecientemente de las estructuras sociales en las que se realiza la integración social. Según Habermas, en las sociedades modernas la diferenciación sistémica alcanza tal grado que las relaciones entre organizaciones que se han vuelto autónomas se establecen a través de medios de comunicación no lingüísticos: el dinero y el poder. Este dinero y este poder, y las esferas de actividad asociadas con ellos, controlan un intercambio social ampliamente desembarazado de normas y valores (1987).

Las crisis de control de los desequilibrios sistémicos, en ocasio-

nes se enfrentan y se normalizan mediante el empleo de los recursos de los procesos de reproducción que son distorsionados y sustituidos por patologías sociales en el mundo de la vida, como veremos. Tal es el caso de la familia. La racionalidad instrumental se difundió por todas partes y nos escandalizamos por la pérdida de valores, que no fue un fenómeno contingente o coyuntural, sino profundamente entrelazado a la dinámica histórica social vigente. Durante algún tiempo se creyó que los imperativos sistémicos se filtraban a través de la familia para intervenir directamente en el acontecer intrapsíquico; ahora sabemos que los procesos involucrados son mucho más complejos y dinámicos de lo que se sospechaba y que incluyen una gran cantidad de transformaciones en las interacciones sociales, en el ámbito de las relaciones intergrupales y de las relaciones interpersonales, antes de llegar a los procesos psicológicos intraindividuales (la *psique* de las personas).

A diferencia de Weber, para quien todo iba de mal en peor, en Habermas encontramos atisbos de rutas distintas a la dominante. El mismo desacoplamiento entre mundo de la vida y sistema tiene a bien liberar estructuras comunicativas que participan en acciones de elaboración de consenso ampliamente desinstitucionalizadas, especialmente dentro de la esfera familiar.

En los noventa, Alan Touraine (1997) dio un paso más en nuestra comprensión de la modernidad, al singularizarla como una gradual disociación de la esfera de actividades económicas del conjunto de la cultura, proceso al que denomina desmodernización. Uno de los rasgos de esa desmodernización es "... la desaparición de los juicios de normalidad, que se aplicaban a conductas regidas por instituciones" (Touraine, 1997). Desaparición de las normas que califica a la vez de angustiante y liberadora; que en el caso de la familia se pone de manifiesto no tanto en la democratización de la familia autoritaria sino en la multiplicación de la familia ausente o en proceso de disolución. A su vez, Touraine propone cambiar el papel socializante de la familia y la escuela, por una empresa de constitución del sujeto en actor de su propio mundo.

También en esta década, Anthony Giddens (1993, 1995) postuló la conjetura de que la modernidad se distingue de épocas previas de la humanidad por el intenso dinamismo de sus institu-

ciones y procesos. Este dinamismo es explicado considerando tres conjuntos de elementos: la separación del espacio y el tiempo; el desanclaje de las instituciones sociales y la reflexividad institucional. Los dos primeros conjuntos hacen posible tanto la liberación de la vida social de preceptos y prácticas establecidas, como el desarrollo de la reflexividad entendida como el pensar sobre por qué hacemos las cosas de una manera y no de otra.

De acuerdo con Giddens, la separación del espacio y el tiempo anteriormente entrelazados en ámbitos localizados, limitados, encuentra nuevas formas de reintegración de espacio y tiempo en ámbitos extensos, independientes de la mediación del lugar, como condición para la articulación de relaciones sociales.

El desanclaje es considerado por Giddens un elemento esencial de la naturaleza y el impacto de las instituciones modernas consistente en: "... la «extracción» de las relaciones sociales de sus circunstancias locales y su rearticulación en regiones espacio-temporales indefinidas" (Giddens, 1995). Este proceso se logra mediante dos dispositivos: el mecanismo de creación de señales simbólicas, es decir medios de intercambio válidos en una pluralidad de circunstancias; y el mecanismo de sistemas expertos, consistente en conjuntos de logros técnicos o de experiencia profesional que ordenan amplias regiones del medio material y social en el que vivimos.

En cuanto a la reflexividad, en la vida social moderna las prácticas sociales están siendo examinadas constantemente, y la nueva información que se produce en torno a ellas las reforma y modifica en su naturaleza, empujando la vida social fuera de los anclajes de la tradición.

En lo concerniente a la familia, Giddens sugiere que una cultura premoderna centrada en las relaciones de parentesco como mecanismo estabilizador de los vínculos sociales situados en un lugar o región particular, estaría siendo sustituida por relaciones personales de amistad, intimidad sexual o vida familiar, elegidas con independencia de normas o valores vigentes en los grupos socializantes de pertenencia (1993, 1995).

Por su parte, antropólogos y sociólogos habían definido que las familias eran principalmente grupos sociales primarios compuestos por adultos de ambos sexos, que vivían bajo el mismo techo y sostenían relaciones sexuales aceptadas. Si esa sexualidad

culminaba en una reproducción fecunda era considerada legítima. Las familias incluían a los hijos procreados o adoptados, haciéndose el conjunto del grupo responsable ante la sociedad de cuidarlos y educarlos. También lograron precisar que anteriormente este grupo era una unidad económica en la que se incluía la producción de bienes, pero en los medios urbanos sólo conservó la función de consumo. Los grupos de expertos parecieron estar de acuerdo en que el tipo de familia dominante fue el nuclear (Murdock, 1949; Satir, 1995).

Durante algún tiempo, otros expertos insistieron en tratar a la familia como el espacio de constitución de las capacidades necesarias para un apto desenvolvimiento en la vida social, mediante la formación de una personalidad propia para cada individuo, así como la incorporación a la persona de una serie de conocimientos ancestrales heredados mediante los cuales se fijaban las pautas culturales, sociales y religiosas que regían el comportamiento de los individuos, dentro de un proceso denominado socialización.

Los expertos definieron para la familia una serie de funciones que, entrelazadas, dotaron a esta institución de integración social. Entre ellas se encontraba una experiencia genital-sexual aceptada por la sociedad; la reproducción orgánica del grupo social; una división del trabajo en la unidad doméstica para su mejor mantenimiento y continuidad conforme al sexo, convivencia, grupo de edad y antecedentes; el mantenimiento de una clara separación entre las generaciones en cuanto a actividad sexual con el propósito de conservar el funcionamiento y la estabilidad del grupo; la enseñanza de formas de comunicación verbal y no verbal ensambladas en sistemas de actuación de roles y estatus; la enseñanza de un sentido de oportunidad con respecto a los episodios sociales en los cuales expresar estados emocionales; una reproducción social mediante la enseñanza de normas y valores reguladores de la interacción social; una reproducción cultural mediante la enseñanza de "papeles" o formas de actuación socialmente aceptables; la enseñanza de creencias y reglas de actuación para organizar las transformaciones de los procesos que constituyen el mundo objetivo, social y subjetivo correspondientes a su tipo de existencia; formas de relación con el ambiente material de acuerdo con los momentos históricos, ambientales y culturales; la de-

finición de las etapas que habrían de conformar el ciclo de vida de una persona normal; y anteriormente, la organización de la vida familiar para que los hijos cuidaran de los padres en la vejez (Murdock, 1949; Satir, 1995).

Estas funciones han sido modificadas en diversos grados por el movimiento de la historia humana y hoy, esos cambios se hacen mucho más visibles. Las abstracciones de los importantes sociólogos y filósofos de este siglo, resumidas anteriormente, pueden ser desglosadas en términos empíricos para ilustrar los cambios concretos que las familias contemporáneas están experimentando como parte de los procesos de modernización de las sociedades.

Al comenzar la escisión entre economía y cultura, el trabajo quedó la mayor parte de las veces, alejado de la vida familiar. La revolución industrial inició esta escisión y la complementó con un vaciamiento del significado de la actividad laboral, mediante la inserción del trabajo en la organización industrial y la ruptura de las conexiones entre los medios de la actividad laboral y los fines de la reproducción humana. En dicha revolución, el hombre aprendió a valorar su actividad y a sí mismo por su salario, independientemente de lo que hiciera; pero también experimentó la sensación de no ser más que una pieza más en el aparato de la producción industrial, por lo que sus necesidades de ser significativo para alguien se concentraron en la familia. Al mismo tiempo, el trabajo doméstico desempeñado por las mujeres se devaluó aun más, al no recibir ningún tipo de remuneración y perder el reconocimiento disfrutado anteriormente en la división del trabajo familiar.

A su vez, la movilidad territorial se incrementó como resultado de la aparición de nuevos polos de actividad productiva, la depresión de antiguas regiones económicas y la devaluación de anteriores ocupaciones laborales, dando lugar a la masiva migración de los campos a las ciudades. La presión sobre el parentesco extenso creció, separando a los padres de los hijos ya mayores para establecer la multiplicación de la familia nuclear.

Al intensificar las sociedades modernas su complejidad, la capacidad para influir en los eventos que organizaban el ambiente, en alguna medida alcanzada por el ser humano mediante un desarrollo

técnico de bajo nivel, empezó a disolverse. La industria y el gobierno impulsaron y dirigieron, de acuerdo con sus intereses, diferentes impactos sobre el entorno natural, para satisfacer las demandas de crecimiento económico y gestionar las necesidades de una creciente población, convirtiendo los acontecimientos del mundo natural en algo casi incomprensible y la mayor parte de las veces inaccesible a alguna forma de regulación personal (por ejemplo, el adelgazamiento de la capa de ozono; la contaminación de los mantos freáticos, el calentamiento global, la erosión de la tierra). La presunción de encontrar soluciones a los nuevos y complejos problemas se depositó en la educación, caracterizada como un proceso capaz de habilitar a las personas para vivir en ambientes tecnológicamente complejos, al mismo tiempo, los problemas de la vida diaria se siguieron dejando de lado.

Las personas dejaron de ser lo que los roles y estatus tradicionales especificaban y tuvieron que comenzar a definirse a sí mismas sólo con elecciones personales y experiencias fortuitas. Al extremo de, en ocasiones, cada nueva situación demandar nuevos roles a desempeñar. La valoración de la persona dejó de ser heredada y cada ser humano comenzó a luchar por obtener un reconocimiento de su valía, y si se conseguía tal aceptación del valor personal, se tendría que seguir luchando para conservarlo. Los padres no lograron conservar muchos atributos de su papel; ante sus conocidos, incluidos sus hijos, como en cualquier otra esfera de actividad humana, comenzaron a ganarse su posición de autoidentidad (Manjarrez y Carrillo, 1999).

El cumplimiento de las funciones definidas para la familia, estableció por un largo tiempo una familia nuclear en la cual el matrimonio satisfizo a los hombres en cuanto a sexo, apoyo emocional y servicios domésticos gratuitos; mientras que la mujer quedó encerrada como ama de casa en un hogar aislado, repleta de tareas serviles y privadas de compañía (Bernard, en Lasch, 1984). El hombre prosperó con una mejor salud emocional y la mujer al principio fue posiblemente feliz por la oportunidad de realizar los mandatos que la sociedad prescribía para ella. Al modificarse el entorno social hacia un dinamismo y una complejidad mayores, la mujer comenzó a deteriorarse con enfermedad, minusvalía, inseguridad y neurosis (Lasch, 1984).

Con el tiempo, los gobiernos nacionales ampliaron los derechos económicos y sociales, y nuevas instituciones se hicieron cargo de funciones anteriormente consideradas inherentes a la familia, por ejemplo: guarderías y escuelas para el cuidado, la crianza y la educación de los niños; y políticas de planeación familiar, que lograron reducir el número de hijos y el tamaño de la familia.

El aumento de la esperanza de vida y la modificación de la estructura, tamaño y ritmos del ciclo de vida de la familia crearon las condiciones para hacer posible una mejor segregación de los papeles conyugales y relaciones más igualitarias entre los esposos, y entre éstos y los hijos, posibilidad que en muchos casos sigue sin concretarse.

En el caso de las familias de extracción popular y semirural en proceso de urbanización de Ecatepec, y de clase media baja de Iztacalco, las transformaciones recién anotadas se ponen de manifiesto en grupos focales, observaciones y conversaciones derivadas de diversos talleres en los que se identificaron las siguientes materias (Carrillo y Manjarrez, 1999):

La búsqueda de una pareja ya no es asunto de clanes o parentelas, es una elección casi enteramente personal. Ya antes de la constitución de la familia, las parejas tienen una vida sexual activa, desinformada las más de las veces, conflictiva en no pocas ocasiones, que puede traer consigo un embarazo no planeado o no deseado y quizá cambiar el rumbo de sus vidas.

Una vida sexual regulada por normas institucionalizadas ya no es obligatoria, ni tampoco estrictamente opcional, hay un gran margen de maniobra sobre la mejor elección, y sigue predominando la preferencia por el matrimonio, pero no exclusivamente.

Los padres, después del disgusto inicial, pueden aceptar la vida conyugal de sus hijos dentro de ciertos márgenes. Si la nueva pareja se soporta y se cuida mutuamente un mínimo, puede vivir con alguno de los suegros por un tiempo casi indefinido, con o sin la legalización civil y religiosa de la unión. Esta convivencia de las nuevas parejas en la casa de alguno de sus padres es un vestigio del parentesco extenso, hoy puesto al día por la larga crisis económica que obliga a los hijos adultos a permanecer en la casa paterna o al retorno de aquellos que alcanzaron a salir para intentar establecer sus propios hogares. Esta "actualización" del

parentesco extenso trae consigo un mayor intercambio de puntos de vista entre los cohabitantes de diferentes generaciones, perspectivas que son conversadas, expresadas, pero todavía no son discutidas, examinadas, ni mucho menos negociadas.

Ser padre y ser madre fue realizado e interpretado en las sociedades tradicionales dentro de los amplios sistemas de parentesco y religión que lograron, de una manera u otra, mantenernos con vida a lo largo de miles de años. En nuestro tiempo, la familia nuclear y el declive de la religión como sistema general de interpretación de la realidad dejó a los padres novatos con pocas claves acerca de qué hacer en cuanto a la reproducción de la vida humana y cómo hacerlo. Se mantuvieron las peticiones de auxilio a las madres de los recién casados o puestos a vivir en unión libre, para solucionar las necesidades más inmediatas de cuidado y crianza de los recién nacidos, por lo menos para los primogénitos, pero también apareció un nuevo problema no visto antes.

El papá y la mamá, además de desempeñar el papel parental, ahora tienen otras inquietudes de realización personal. Sus actividades laborales, sus profesiones o sus entrenamientos los dotan de expectativas y necesidades no centradas exclusivamente en los hijos. Lentamente se abre paso la idea de: la insuficiencia del cuidado de la familia para llenar los muchos años de vida que les quedan por delante.

La tendencia de los padres de imponer a los hijos deseos y expectativas derivados de los anhelos personales se conserva, aunque ahora están mediados por concepciones novedosas de lo que es o puede ser un hijo, las cuales son incorporadas, de diferentes maneras, al proceso de coordinación entre el cuidado del nuevo ser y su vida de individuos y cónyuges. Estas concepciones han sido proporcionadas por diferentes grupos de expertos: médicos y pediatras (Kempe y Kempe, 1979), psiquiatras y psicólogos (Bradley, 1992), pedagogos y trabajadores sociales (Eyer, 1995), quienes a partir de sus investigaciones y de su práctica profesional están cambiando nuestra visión de lo que son los niños, los adolescentes, la familia, el amor, la pareja, y demás entidades relacionadas.

Un hijo ya no es simplemente una persona para quien “no queremos que sufra como nosotros sufrimos”, o “que se haga

machito”, o “que sea abogado como su papá”, o “que sea alguien en la vida”, en la eventualidad de nacer en un contexto social capaz de proporcionarle la educación necesaria para la formación profesional. Un hijo es un rompecabezas de largo plazo, ante el cual el papel tradicional de padre no basta para dar siquiera las primeras soluciones.

Podemos seguir comportándonos como zombis respecto a muchas de nuestras actividades cotidianas, pero ahora los grupos de expertos difunden elaboraciones del significado de qué es un niño hoy, y redefinen la educación de un hijo, y se exige, por lo menos, considerarlo como alguien distinto y autónomo de los padres y no sólo una extensión de ellos. Reinterpretado por los expertos, el nuevo ser al mismo tiempo desvalido e independiente, desafía a los padres principiantes en la coordinación de sus acciones.

Las actividades de modernización económica recientes traen consigo nuevas contrariedades, fuentes de perturbación para la familia. Una economía frágil, inestable y mal administrada por políticos que protegen buenos negocios para sus conocidos, al mismo tiempo que fomentan salarios bajos, empleos mal pagados, poca calificación profesional, e inflación elevada y encubierta, hacen de la subsistencia de la familia en México algo muy penoso. En muchos casos de no ser por la familia ampliada, los cuartos de autoconstrucción añadidos a la casa de los padres, los subempleos proporcionados por familiares y la participación en la creciente economía subterránea, no se podrían asumir los requerimientos de alimentar, vestir, dar techo y educación a un niño.

Los costos no terminan en el desgaste de la supervivencia diaria. A las jornadas laborales extenuantes, jefecillos despóticos e incompetentes, compañeros amigables o envidiosos, largas horas de transporte hacinado, los padres suman el llevar consigo a todas partes la sensación de insuficiencia para proveer las necesidades básicas, la angustia de agotarse la quincena y no encontrar a quién más pedir prestado para la leche de los niños, así como para la compra de lo más barato e indispensable para ir la pasando. Todo esto conduce a experimentar el estrés destructivo (distrés) como algo natural en nuestras vidas. Como de todas formas los ingresos no van a alcanzar, el padre tomará otro turno y verá todavía menos a los niños; y más importante aun para la alteración de la vida

familiar, la madre se pondrá a trabajar, dejando a los niños encargados con el hermano o la hermana más grande, el familiar más cercano, la vecina más acomodada o la guardería más próxima si se tiene la suerte de tener acceso a ese privilegio.

La terciarización de la economía ha traído consigo una disminución del trabajo fabril y un aumento de empleos en el comercio y los servicios, en donde las mujeres ocupan los puestos que requieren menor conocimiento y responsabilidad y son peor pagados. Aquí se emplean principalmente las mujeres jóvenes. Las mayores van a trabajar a industrias y oficinas. Muchos de estos empleos se encuentran en la economía subterránea, lo cual trae consigo que las legislaciones disponibles no se apliquen y las madres resuelvan sus compromisos de crianza por sí mismas, con la precaria ayuda proporcionada por la familia o los vecinos.

El tiempo libre y el ocio casi han desaparecido para la convivencia entre padres e hijos, como resultado de la ampliación e intensificación de la jornada laboral y de las grandes distancias que se recorren en la ZMCM en un transporte muy ineficiente. El poco tiempo que se conserva se emplea para la reproducción de la unidad doméstica y el consumo.

Por su parte, el sistema industrial ha creado una abundancia de mercancías, que invita a los individuos a una persecución del consumo como forma de realización del bienestar y el confort.

La imitación de las formas de vida estadounidenses promovidas por el turismo, la migración o los medios de comunicación de masas ayudan a este fin. La realización de bienestar y confort es aparente porque, en las sociedades mexicanas, la disponibilidad de mercancías se estratifica en distintos niveles de consumo. Nadie se queda fuera de esta ilusión, pero cada nivel de ingresos la realiza con objetos de calidad diferenciada. Los padres con diferentes capacidades adquisitivas compran a sus hijos ropas, juguetes o alimentos, aunque los objetos conseguidos por los grupos desfavorecidos en la distribución del ingreso se desbaratan en el camino. Se trata de satisfacer el impulso de ser parte de la sociedad de consumo, de no sentirse excluido más de lo que ya se es, aun cuando las necesidades efectivas tengan que ser entretenidas o pospuestas con mercancías de insuficiente calidad.

El gobierno mexicano ha ampliado su cobertura de servicios

educativos y de salud. En realidad, están las instalaciones y el personal, pero con el “adelgazamiento de estado”, el presupuesto para operar es muy reducido. Hay escuela para casi todos, aunque no se aprende gran cosa, dada la ausencia de procedimientos didácticos, materiales educativos y la desmoralización de los maestros. Pero por lo menos hay un lugar donde los niños pasan una parte del día haciendo algo distinto de ver televisión o de vagar en las calles. Es sólo un decir la idea de la escuela como sustituto de la familia en la función de socialización y de educación.

En cuanto a la salud, tomemos como ejemplo la política de población. La difusión de métodos anticonceptivos sí logró disminuir la tasa de natalidad, lo cual trajo consigo la modificación del ciclo de vida, la estructura y el tamaño de las familias. Además, esta difusión de métodos anticonceptivos separó en la sexualidad, la reproducción del placer, con el consiguiente aumento de temas de discusión y fuentes potenciales de conflicto para las parejas. De nuevo, la respuesta al crecimiento demográfico siguió el camino de una alternativa tecnológica, olvidando por completo la habilitación en la importante dimensión de la convivencia de la pareja humana. No se desarrolló ningún tipo de educación para la salud en el manejo de una responsabilidad sexual, para mantener vinculados el placer y la reproducción, en arreglos de solución diferentes adecuados a las circunstancias de cada pareja.

Pese a las diversas modificaciones a la ley efectuadas en los últimos veinticinco años, el panorama para las mujeres no ha cambiado mucho. Los valores tradicionales vinculados al machismo se conservan en buen estado: a las mujeres se les exige fidelidad y se les corresponde con deslealtades; la sexualidad femenina independiente sigue siendo muy mal vista; las tareas domésticas continúan recayendo en las mujeres; se les maltrata y golpea para luego pedirles perdón como declaración de amor eterno; las responsabilidades de crianza y cuidado de los niños se siguen concentrando en las mujeres; y si el macho en cuestión todavía vive en casa, aunque sea de entrada por salida, él es quien toma las decisiones (Manjarrez y Carrillo, 1999).

No todo es desfavorable. Cada vez más mujeres se animan a separarse o divorciarse y no se acobardan ante la perspectiva de

llevar toda la responsabilidad del hogar, incluyendo la manutención. También comienzan a notarse mujeres que son madres sin tener una pareja estable. Por su parte, los hombres no están esperando a que los separen de su familia, ellos la abandonan por sí mismos cada vez más frecuentemente.

El mundo contemporáneo impactó a las familias al empujarlas hacia una creciente confusión e inseguridad. El debilitamiento de las relaciones tradicionales amplió el marco de elecciones posibles, y propulsó a los seres humanos a definir sus propias vidas con independencia de las coordenadas institucionales en las que estuvieran actuando. Las personas quieren seguir viviendo juntas, sobre todo las mujeres, dejando de lado las maneras automáticas de convivir, y buscando formas activas, con una continua elaboración de significados y negociación de perspectivas que permitan renovar, recrear o extender, tanto como sea necesario o posible, el estado de exaltación emocional que acompaña a la fundación de nuevas formas de vida. Al evaporarse las viejas certezas de mujer, hombre, pareja, familia, los seres humanos se volvieron hacia conceptos de amor, felicidad, armonía y pasión. La vida conyugal acotó la vigencia de su existencia a un día a la vez, pactando cada noche un plazo para el día siguiente sin intentar ir más allá. Esta actitud es el resultado tanto del desmoronamiento de las relaciones tradicionales como de las acciones de las personas para encarar las distorsiones derivadas de las esferas económica y política como parte de sus esfuerzos de adaptación al nuevo entorno.

2. Atributos de las interacciones padres-hijos

Por lo menos cinco fuentes de transformación importantes inciden sobre las relaciones entre padres e hijos: a) los cambios estructurales de la sociedad descritos escuetamente en el apartado anterior, entre los cuales resalta la incorporación masiva de la mujer al trabajo; b) los movimientos de mujeres manifestados cíclicamente desde el siglo pasado, impulsores de la ampliación progresiva de derechos políticos, económicos y sociales a las mujeres de diferentes partes del mundo; c) la difusión masiva de

métodos anticonceptivos que modificó las pautas de fecundidad y el tamaño de la familia, y cambió los patrones de relaciones sexuales entre los hombres y las mujeres; d) la presencia de grupos de profesionales cuyas investigaciones y prácticas elaboran nuevas concepciones sobre múltiples objetos sociales (para nuestro caso: familia, infancia, adolescencia, crianza, educación), concepciones que interactúan con las ideas de sentido común que los grupos sociales se forman por experiencia directa, experiencia anteriormente sólo interpretada por las perspectivas heredadas de las tradiciones y; e) la capacidad creciente de los medios de comunicación electrónicos y escritos para difundir masivamente porciones simplificadas de las ideas de los grupos de expertos, tratando de modificar el sentido común de los grupos sociales.

A lo largo de nueve años de impartir talleres a adolescentes, padres y maestros en secundarias (Manjarrez y Carrillo, 1999), sobre diferentes aspectos del desarrollo humano, hemos registrado una serie de eventos reveladores de las consecuencias de las transformaciones del mundo contemporáneo sobre la familia, en especial, sobre las interacciones entre padres e hijos.

Las presiones socioeconómicas a las que están sometidos los padres incrementan sus niveles de estrés y afectan su disposición y tolerancia a las demandas de interacción con los niños. Para el caso de los adolescentes, la situación de niveles de estrés altos y disminución de la disposición y la tolerancia a la interacción es más delicada, pues la imputación de responsabilidad a un púber es mayor. La atribución de obligaciones al adolescente, bajo el supuesto de ya estar “grande”, es algo hecho por los adultos de manera instantánea, y ocurre con independencia del entrenamiento proporcionado a un niño para hacerse responsable de sí mismo y de parte de las tareas del hogar.

Berkowitz (1996) señala que muchos de los episodios de violencia en el hogar se dan durante los intentos de los padres por controlar el comportamiento de los hijos. La situación de alto estrés, baja disposición y atribuciones de responsabilidad personal sin confirmación de capacidad, son las condiciones subyacentes a los intentos de control de los padres, generalmente fallidos. No resulta inesperado entonces un aumento de las oportunidades de conflicto con los adolescentes.

Por su lado, médicos, pedagogos y psicólogos, al transformar constantemente los contenidos de nuestras creencias sobre los niños o los adolescentes, aconsejando instrucciones sobre cómo criar a un niño sano, e incrementando las expectativas de los padres para consigo mismos, contribuyen a aumentar su ansiedad.

Si bien hasta el momento los padres nunca han tenido educación formal para desempeñar su papel, los niños ya no son concebidos únicamente desde la experiencia directa interpretada por la cultura local, dada la creciente difusión por parte de los medios de comunicación de las interpretaciones de los expertos. Las metas deseables para la crianza se formulan así a partir de opiniones en cambio constante, a las que se considera mejor informadas por su procedencia "científica". Estas opiniones acreditadas temporalmente, cuya credibilidad depende de la aparición de otros puntos de vista novedosos, en ocasiones sirven de guía a los padres de familias nucleares pero también fomentan inseguridades acerca de si se está haciendo lo mejor posible. Para ejemplificar, en cuanto a maneras de educar a los niños, en este siglo hemos sido indirectamente darwinianos, freudianos, skinnerianos, piagetianos, vigostkyanos y a últimas fechas golemanianos. Opiniones de las cuales está por aclararse si han ayudado a padres y maestros a criar y educar mejor a los hijos. Paradójicamente, esta sucesión de puntos de vista es al mismo tiempo fuente de información sobre cómo educar y venero de incertidumbres sobre las propias prácticas de crianza.

La capacidad de los padres para ser receptivos con las necesidades de los niños, sin perder el juicio y sin ponerse nerviosos, por la falta o el exceso de conocimientos sobre qué hacer en una situación especial de cuidado infantil, disminuye con el avance del desarrollo del niño.

Pese a que los padres se esfuerzan por mantener claramente separados los ámbitos familiares y laborales, la capacidad para adaptarse a los hijos disminuye rápidamente conforme ellos crecen y comienzan a mostrar señales de mayores capacidades de autocuidado y mayores deseos de independenciam. Como siempre se espera más de las hijas, no así de los hijos, en cuanto a su cooperación en el aseo y cuidado del hogar en diferentes medidas; pero la demanda principal, especialmente para los varones, será cum-

plir con sus tareas escolares y obtener calificaciones, buenas o regulares (Coon, 1999).

Al mismo tiempo el niño ya no tiene una relación exclusiva con sus padres. Las fuentes de información disponibles para elaborar una idea de los adultos, incluyendo a sus padres, sus vecinos, sus pares, sus hermanos mayores, hombres y mujeres, y una idea de la gran variedad de tipos de relación social susceptibles de ser establecidas, ya no proviene sólo de su experiencia directa con otros grupos de edad, sean sus progenitores u otros adultos cercanos.

Los medios electrónicos, en especial la televisión, proporcionan a los niños información adicional a la manejada por sus padres. La información transmitida y modelada para los niños por la televisión no necesariamente es complementaria o esclarecedora de lo expresado por los padres. Supongamos a un extraño sentado en un cuarto muy concurrido del hogar, hablando sobre algún tema conforme a lo más conveniente para sus opiniones. Aun cuando los padres compartieran su punto de vista, no le permitirían seguirlo declarando por tiempo indefinido. Con la televisión pasa un fenómeno similar en cuanto a la exposición de opiniones y creencias. Es un artefacto a la mano de casi toda familia, colocado en el centro del hogar, el cual comunica toda clase de acontecimientos e información, con perspectivas no tan variadas como podría hacerlo, muchas veces discordantes con los puntos de vista de los espectadores. No obstante, a diferencia de una persona, no hay mayores restricciones sobre cómo relacionarse con él, pues no se le considera un extraño sino sólo un objeto al que se puede apagar en cualquier momento. Ocasionalmente, los padres establecen restricciones respecto a cuáles programas ver, pero rara vez efectúan un ejercicio de interpretación conjunta con los hijos de algún episodio social de entre la gran cantidad puesta en juego diariamente por la televisión comercial.

Con el tiempo, la televisión ha llegado a convertirse en una especie de niñera electrónica hipnótica para mantener a los niños distraídos mientras los padres hacen otras actividades. A través de ella los niños tienen acceso a un nivel de información muy similar al de los padres, con un espectro de puntos de vista aparentemente más amplio, tratados de manera muy esquemática, que no incluye ningún elemento o coordenada para orientarse

sociomoralmente respecto a los dilemas de la existencia humana. Los valores contenidos por los programas televisivos, de una forma tan maniquea y rudimentaria, resultan inútiles para emplearse como elementos de reflexión para conducir la propia vida.

Muchos de los contenidos televisivos son inaccesibles a la conciencia, en tanto se apoyan en fenómenos de percepción registrados por el cerebro humano, pasando a formar parte de estructuras de conducta, al mismo tiempo que no son susceptibles de ser evocados o sujetos a un examen crítico de manera inmediata por su carácter extra-consciente (Poppel, 1993).

A su vez, los empresarios de la televisión han definido para sus emisiones como objetivo explícito “entretener”, no así informar; y como finalidad implícita, sostener un condicionamiento de consumos establecido como meta única para este medio en México. A últimas fechas, incluso la caridad y la fe se han convertido en vehículos simbólicos para vender la basura de antojitos y bebidas, como ponen de manifiesto teletones y visitas papales.

Dada la creciente ausencia de los padres, al irse muy temprano y regresar muy tarde, y la disminución de la tolerancia a las actividades de los hijos, la disciplina ejercida por los padres rara vez va más allá del “poder de la fuerza”, o en algunos grupos con un poco más de educación media básica de la “retirada del amor”, además de la presencia constante de una amplia “permisividad”. El estilo disciplinario de inducción, donde los padres ganan su autoridad a partir de una guía firme y consistente, combinada con amor y afecto, es casi inexistente, y si llega a ser puesta en práctica esto ocurre fuera del contexto de oportunidad (Hoffman, Paris y Hall, 1996; Coon, 1999).

Los castigos físicos, amenazas, gritos, órdenes arbitrarias y retiradas de privilegios ya no requieren las tradiciones de la cultura local, estas prácticas tienen una nueva base en la falta de tiempo y los elevados niveles de estrés de los progenitores. Cuando los padres están hartos y no quieren perder más la cordura, el alejamiento físico, el negarse a escuchar o hablar con los hijos, las amenazas de abandono o de expulsión del hogar sustituyen al castigo. En cualquier caso, los medios disciplinarios autoritarios se desgastan rápidamente y los niños aprenden a soportarlos durante los tiempos cada vez más breves de estancia de los padres en casa.

Los papás dejan de ser un modelo para sus hijos involuntariamente, por la sencilla razón de ya no encontrarse en el hogar para desempeñar ese papel, y demandan a la escuela cumplir con las funciones de socialización por ellos no cubiertas. A su vez, el personal de la escuela pide a los padres no malcriar a sus hijos y los maestros no aceptan la expectativa de los padres de formar la personalidad de los niños. Entre tanto, la televisión lleva a efecto lo que las otras dos instancias no logran: ofrecer modelos de comportamiento. Por esto, Touraine (1997) señala con razón que la familia está ausente y propone como alternativa a la escuela como sustituto de las funciones dejadas de lado por los padres.

La escuela, por su parte, con dificultades realiza la enseñanza de la lecto-escritura y la aritmética elemental. Guevara Niebla (1996) describe minuciosamente el derrumbe del sistema de educación básica y del funcionamiento escolar, como impedimentos al ejercicio cabal de las funciones de los maestros. No es sorprendente el rechazo del personal escolar a la tarea de formación del desarrollo humano de los niños. No les pagan para ello. Ni siquiera les pagan lo suficiente para enseñar los contenidos especificados para aprobar cada año escolar y no tienen las condiciones, ni el interés, para llevar sus labores magisteriales más allá de lo indispensable.

En las secundarias técnicas, el propósito no es colaborar en el desarrollo de seres humanos. En el mejor de los casos se trata de exponer a los alumnos a los contenidos de la educación básica, sin importar gran cosa si son o no incorporados al sistema de conocimientos del niño. Se supone también que este tipo de escuelas han de lograr la capacitación para el trabajo, pero con el equipamiento disponible en los talleres para este fin es un objetivo difícil de realizar. Los estudiantes conocen de lejos las herramientas en manos de la profesora del taller de construcción y toman apuntes sobre cómo preparar la mezcla para un colado, se imaginan en diagramas las partes de una instalación eléctrica, o conocen las computadoras pero no las encienden porque no funcionan.

Las primarias y secundarias se convierten en guarderías para niños medianos y grandotes. El personal hace lo posible con los infantes dispuestos a colaborar, principalmente las niñas, y tratan de

impedir a los demás hacerse mucho daño. En ocasiones, orientadores vocacionales, trabajadores sociales, maestros, prefectos o autoridades comprometidos personalmente con su labor, se esfuerzan por que las cosas sean de otra manera luchando contra las resistencias de compañeros de trabajo, autoridades escolares o los mismos padres; logran grandes éxitos de socialización o triunfos académicos fundamentalmente fruto de empresas individuales y no productos sistemáticos de la institución escolar.

Si los padres y los maestros no socializan a los niños, además de la televisión, ¿quién lo está haciendo? En primer año de secundaria los niños están todavía bajo la esfera de influencia de los padres. En el segundo año se supone es el personal de la escuela y sobre todo sus maestros quienes toman la estafeta como fuente de influencia principal, pero no es así. Los púberes toman a sus pares como fuente de influencia alternativa. En la medida en que los niños se separan emocionalmente de sus padres, al inicio de su búsqueda de autonomía, disminuye su resistencia a las presiones de los compañeros. Por un tiempo, los adolescentes sustituyen la dependencia hacia sus padres por la dependencia hacia sus compañeros.

En las secundarias, el problema estriba en la existencia de diferentes tipos de culturas personificadas en los distintos grupos de adolescentes, entre cuyas expresiones simbólicas, las que tienen mayor popularidad no son las más maduras o equilibradas. Las culturas que más se difunden entre la opinión pública del medio escolar son las de aquellos grupos de individuos respaldados por el medio exterior a la escuela. Los que fuman, beben, tienen varias novias o ya practican relaciones sexuales, tienden a ser los grupos con más reputación y prestigio, no tanto porque sus prácticas y valores sean aceptados por todos los demás, sino porque son muy parecidos al mundo juvenil que se desenvuelve fuera de la escuela, y en alguna medida, al mundo de los adultos por los niños conocido hasta ese momento. Los grupos de niños que tienen un sistema cultural más integrado, autónomo y responsable, no son pocos, pero son casi invisibles en el ámbito escolar al no recibir ningún tipo de respaldo o reconocimiento del mundo exterior a la escuela. Ambos grupos reportan visiones contrastantes de sus relaciones con sus familiares.

Para los adolescentes los padres dejan de ser sus "héroes", los

modelos a seguir, y pasan a ser, como cualquier otro ser humano, personas imperfectas. Los padres intentan cada vez más infructuosamente controlar a sus hijos e imponerles disciplina, motivo por el cual recurren crecientemente a los estilos disciplinarios de fuerza física, retirada del afecto o permisividad. Tratar de exponer y razonar perspectivas acerca de por qué un comportamiento se considera adecuado y valioso socialmente suele suceder de vez en cuando, pero al perder los estribos, dadas las condiciones en contra de tensión, tiempo escaso y expectativa creciente de responsabilidad, se abandona esta estrategia y se recurre a las otras tres.

Los padres no se sienten satisfechos con su autoritarismo. Como indicamos al inicio de este trabajo con la enunciación de un supuesto señor “Domínguez”, se encuentran desconcertados y sin saber qué hacer. Señalan como motivo de esta repetición de estilo de crianza la herencia educativa de sus padres, agregando que su nivel educativo y cultural no avanzó mucho con su generación y no tuvieron oportunidad de aprender a hacer otra cosa. Los padres no piensan en los hijos como en alguien domable cual si fuera bestia. En muchos casos tienen un gran amor por ellos, pero no saben cómo relacionarse con un niño cada vez más distante emocionalmente. Dada la brevedad del tiempo para “criarlos” (tardes o noches de lunes a sábado y los domingos del fin de semana), las interacciones sociales se organizan a partir de amenazas, gritos y golpes, al disminuir los periodos amplios en los que el intercambio de puntos de vista, conversaciones razonadas, expresión de emociones y, sobre todo, la modelación de los comportamientos considerados deseables podrían tener lugar.

Esto es más o menos lo que viene ocurriendo en el caso de familias integradas (con papá y mamá presentes en algún grado), funcionales o no. Mientras tanto, el número de madres solteras todavía no es tan grande como lo será en el futuro, pero madres divorciadas son frecuentes, y madres que se encargan solas de la supervivencia de la familia aún cuando tengan un compañero, no son pocas. Las presiones sobre ellas son mayores y tienden a ser más exigentes o estrictas con sus hijos. En ocasiones logran establecer alguna regulación sobre la conducta de sus hijos y otras veces los niños les hacen creer que les obedecen, pues sólo han de soportarlas mien-

tras se encuentren en la casa. Como suelen trabajar, la tormenta por las desobediencias cometidas es temporal y cíclica, y la energía de la madre no alcanza para sostener todo el tiempo la supervisión y la corrección de las actividades de los hijos.

Tanto en las familias integradas como en las incompletas, a veces sucede que los padres abandonan sus esfuerzos disciplina-rios y se vuelven permisivos o rechazantes y negligentes. En el nivel educativo de secundaria, sean los padres de estilo de crianza autoritario o democrático, todavía concentran el afecto de los adoles-centes, pero lentamente dejan de ser modelos de ser humano para sus hijos y comienzan a convertirse en simples proveedores del sustento de la familia. Éstas son, en resumen, las prácticas subyacentes a los resultados de la representación social de la fami-lia que presentamos en el siguiente apartado.

3. Acciones para reconstruir la idea de familia y sus resultados

La reflexión sobre las prácticas sociales se encuentra en medio de por lo menos tres marcos de referencia diferentes entre sí: el de los expertos descrito brevemente en el apartado uno; el de los medios de comunicación que dicen se apoyan en los expertos, anotado en el apartado dos con relación a la televisión; y el del sentido común de los grupos sociales reportado en lo referente a las prácticas de padres y maestros en el apartado dos. Ahora nos disponemos a desglosar los procedimientos para identificar los contenidos y la organización de la representación de la familia entre los adolescen-tes de dos secundarias diurnas técnicas del Valle de México.

Los objetos del mundo social y natural, pero sobre todo del primero, están dejando de formar parte intuitiva del mundo de la vida, al ser reelaborados por grupos de expertos cuyas operacio-nes tratan de sistematizar todas las regiones del entorno socioambiental a su alcance. Al hacerlo transforman la naturale-za de los objetos seleccionados. Éste es el caso de la familia. Por diversos medios, los grupos de expertos generan consejos califica-dos de mejores en relación con los de los legos, dado su carácter científico; y deliberadamente buscan introducirse entre el ama de

casa, o cualquier otra persona común y corriente, y los problemas a resolver, desechando las soluciones intuitivas y los remedios caseros que los grupos sociales aprendieron de sus parientes y conocidos para enfrentar diferentes dificultades.

Como se señaló anteriormente, el resultado de este proceso es la «remoción» de las relaciones sociales de su ámbito localizado inmediato para su posterior integración en contornos espacio-temporales no definidos. Los grupos sociales no se encuentran inermes ante el proceso de desanclaje identificado por Giddens (1995). Ellos participan activamente en la apropiación de los cambios introducidos por las interpretaciones de los expertos mediante la elaboración de representaciones sociales. De hecho, las representaciones sociales son el conjunto de procesos mediante los cuales los grupos humanos reincorporan al mundo de la vida las producciones cognoscitivas que han sido transustanciadas por las operaciones de los grupos especializados (Moscovici, 1979). En este aspecto, Moscovici se anticipó al identificar una nueva área problemática en la frontera entre la ciencia y el sentido común de las poblaciones humanas.

Para identificar los contenidos del sentido común de los adolescentes relacionados con la familia, empleamos la teoría estructural de las representaciones sociales (Abric, 1994), la cual propone que la representación de un objeto social está constituida por un conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes que lo refieren. Este conjunto de elementos está estructurado conforme a una organización interna. La identificación de contenidos se vuelve accesible mediante una aproximación cualitativa y simbólica de asociación libre y análisis de contenido; y la organización interna de los elementos de la idea de familia mediante un procedimiento numérico llamado análisis de similitud.

Al tomar en consideración la edad de los niños de segundo año de secundaria como indicador de su permanencia dentro de la esfera de influencia de sus padres, se conjeturó que los contenidos de su representación social de la familia referirían a la convivencia, el apego, las normas y las prácticas relacionados con la cercanía emocional entre padres e hijos. Como veremos no fue del todo así.

El estudio se realizó en dos escuelas de nivel medio básico (se-

cundaria), entre los alumnos de segundo grado. La población de la escuela ubicada en el municipio de Ecatepec, estado de México, fue de 246 jóvenes, hombres y mujeres (secundaria *A*); la población de la escuela ubicada en la delegación Iztacalco, Distrito Federal, fue de 210 jóvenes, hombres y mujeres (secundaria *B*). La media de edad correspondió a 13.5 años.

Se emplearon dos instrumentos con cada población: un cuestionario de asociación libre y un cuestionario de caracterización por bloques, aplicados en los salones de clase durante la jornada escolar, con un intervalo de una semana entre uno y otro.

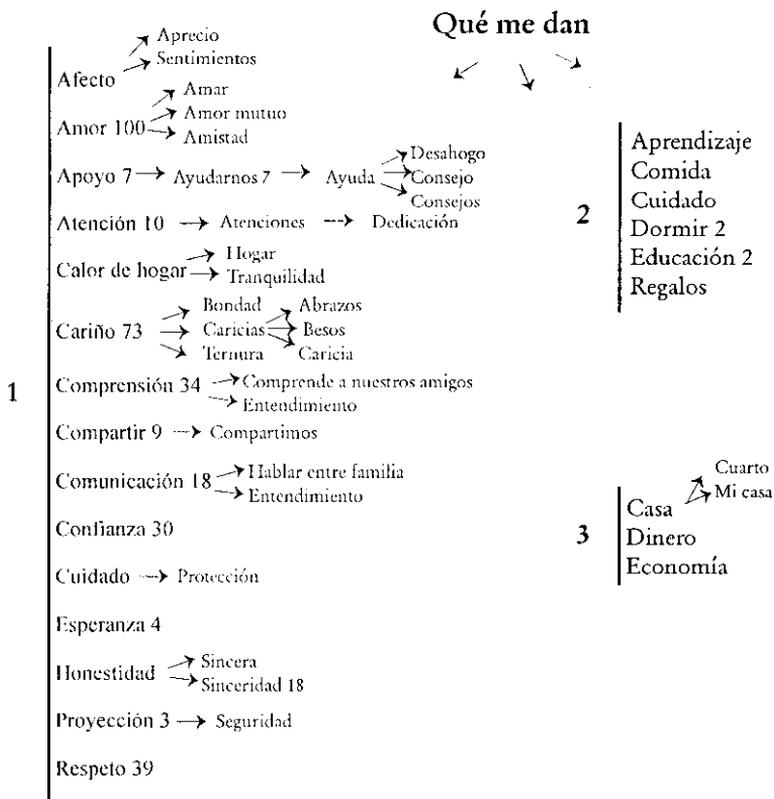
En la asociación libre se pidió a los sujetos anotar los 10 primeros términos que se les ocurrieran respecto a la familia. Los resultados de este instrumento identificaron los descriptores (términos más representativos) de cada población, con los que se elaboraron los cuestionarios de caracterización respectivos.

En las aplicaciones del cuestionario de caracterización se pidió a los estudiantes de ambas secundarias la calificación de los términos incluidos con una escala de +2, +1, 0, -1 y -2 dependiendo de su representatividad respecto de la familia; la connotación en la escala fue de +2 para las categorías muy representativas, +1 para las representativas, 0 para las indiferentes, -1 para las poco representativas, y -2 para las menos representativas.

Los términos recolectados en cada población por la asociación libre se sometieron a un análisis de contenido de categorías, que los clasificó de acuerdo con los criterios de alcance semántico, sinonimia y frecuencia de los términos enunciados. Los elementos condensados y ordenados resumen el conjunto de términos producidos por la asociación libre.

Para ilustrar el proceso de análisis por el que se llega al resumen de categorías, se presenta una de las tablas de organización de términos correspondiente a la secundaria *B* en Iztacalco (tabla 1), denominada "QUÉ ME DAN", en donde se ejemplifica la aplicación de los criterios de alcance semántico, sinonimia y frecuencia para ordenar las enunciaciones. Los contenidos caracterizan a la familia como una entidad de convivencia afectiva, según indican los términos listados en el número 1 de la tabla 1 (amor, cariño, comprensión, confianza, respeto). Si bien hay categorías que describen a la familia por su aspecto instrumental, tales como

Tabla 1. Ejemplo de organización de categorías, secundaria B



comida, dormir, dinero o casa, números 2 y 3 de la tabla 1, sus menciones son únicas o muy bajas.

Una vez formadas las categorías, los términos más representativos se extraen aplicando de nuevo los criterios mencionados, y se organizan en tablas resumen de términos de asociación libre empleando como coordenadas en el eje vertical la dimensión favorable-desfavorable y en el eje horizontal la dimensión simbólico-prágmático. Aplicando una vez más los criterios indicados se eligieron los descriptores que darían cuerpo a los cuestionarios de caracterización para cada población.

Los datos del segundo instrumento se analizaron con el Programa de Matrices de Similitud (Gutiérrez, 1998), obteniendo una matriz binomial con la información necesaria para identificar la organización de los contenidos de la idea de familia de los

Tabla 3. Resumen de categorías de la asociación libre, secundaria B

RESUMEN DE CATEGORÍAS			
SECUNDARIA B EN 1998		+	
Amor 100	Amistad 73		Regalos 17
Comprensión 34	Respeto 39		Diversión 4
Confianza 30			Unión 35
	Apoyo 7		Comunicación 18
Bonita 5			Convivencia 15
	Sinceridad 18		Atención 10
			Ayudarnos 7
			Agradables 7
SIMBÓLICO			Fidelidad 3
	Responsabilidad 7		
	Regaños 25		PRAGMÁTICO
	Enojos 11		Golpes 10
	Orden 10		Gritos 5
	Discusiones		Violencia 5
			Maltrato 8
			Violencia 4
			Floja 4
			Desintegración 4
		-	

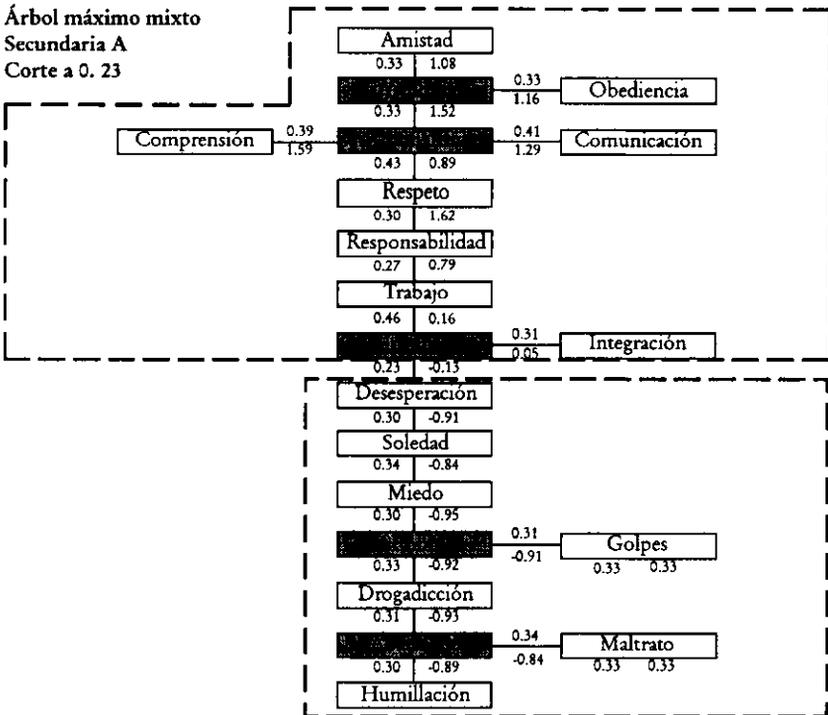
En el cuestionario de caracterización para la secundaria *A* se incluyeron 20 descriptores. El cuestionario de caracterización de la secundaria *B* incluyó 15 descriptores. Los términos seleccionados para el cuestionario de caracterización por bloques en la secundaria *A* fueron: amistad, armonía, obediencia, comprensión, confianza, comunicación, respeto, responsabilidad, trabajo, jóvenes, integración, desesperación, soledad, miedo, robo, golpes, drogadicción, abandono, maltrato y humillación. Para la secundaria *B* fueron: comunicación, respeto, comprensión, sinceridad, unión, amor, confianza, orden, convivencia, golpes, desintegración, maltrato, enojo, gritos y regaños.

El análisis de similitud aplicado con el propósito de reconstruir la organización de los términos para las poblaciones de ambas secundarias se presentan en las figuras 1 y 2. Para la secundaria *A* se ordenaron dos bloques, uno favorable que comienza en amistad y termina en jóvenes, y uno desfavorable que inicia en desesperación y termina en humillación. Las conexidades más importantes, términos con más de dos relaciones, vinculan los descriptores armonía, confianza y jóvenes, categorías que refieren a valores inmediatos ligados a la comunicación afectiva. En el bloque desfavorable del árbol, el contenido se organiza en torno a robo y abandono, donde este último término tiene índices de similitud promedio de 0.315 en sus aristas con drogadicción, mal-

trato y humillación. La fuerza de las asociaciones se encuentra del lado favorable del árbol (figura 1). Al parecer, se tenía otro indicio de una caracterización de la familia de acuerdo con los contenidos de convivencia afectiva.

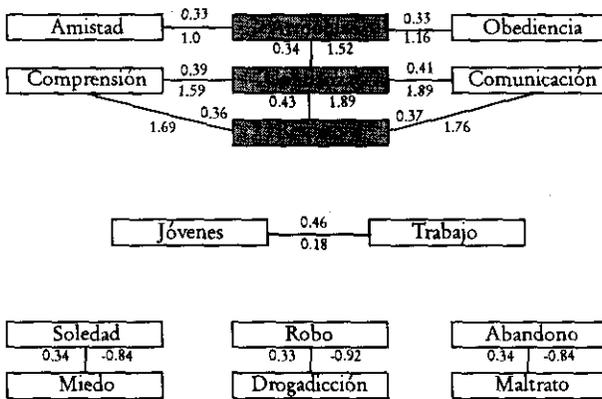
La triangulación libre de las aristas dio lugar al cliqué de comprensión, confianza y respeto; y al de comunicación, confianza y respeto. Esto es, elementos inherentes a la convivencia afectiva. Del lado desfavorable aparentemente no se organizó ningún cliqué.

Figura 1. *Árbol máximo y cliqué de la secundaria A*



En el caso de la secundaria B, el árbol máximo se organizó conforme a dos bloques. El favorable abarcó desde confianza hasta orden, con una rama hacia comunicación. El bloque desfavorable incluyó desde regaños hasta enojo con una rama bien definida hacia desintegración. La conexidad fue de tres, tanto para comprensión como para orden. Por su parte, la mayor conexidad

Cliqué mixto
secundaria A
corte a 0.31

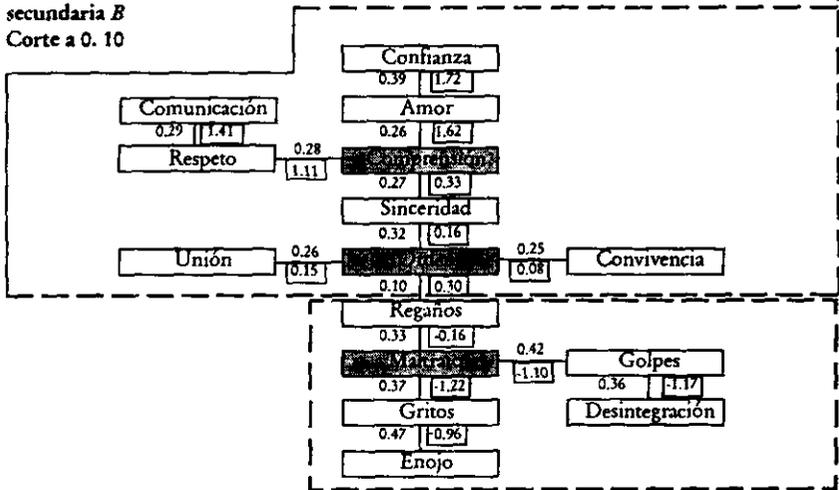


en el bloque desfavorable fue para maltrato. En cuanto a los índices de similitud el puntaje del lado favorable (en promedio .27) fue menor que los índices de similitud del lado desfavorable (promedio de .38). Los índices de evaluación, en los recuadros pequeños a la derecha o abajo de los índices de similitud, para comunicación, respeto, comprensión, amor, y confianza promediaron + 1.43, por encima del promedio de las evaluaciones del bloque desfavorable. Parecía que la hipótesis inicial se respaldaba.

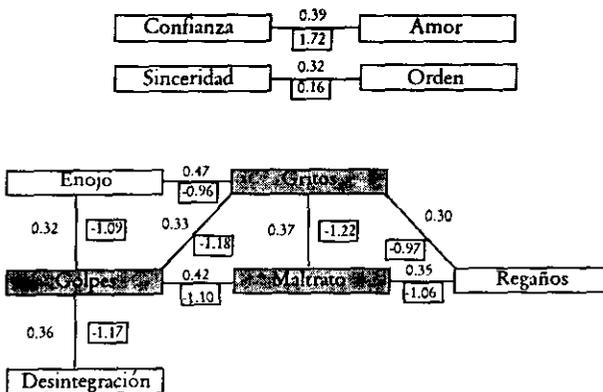
La triangulación libre de las aristas indica que no fue así. Por el contrario, en esta población la idea de familia tiene como contenido más estructurado el maltrato, los regaños, los gritos y los golpes. Resultado que nos tomó por sorpresa considerando que eran los estudiantes de clase media baja. Los elementos favorables no organizaron un solo cliqué, quedando solamente dos pares de términos aislados (figura 2).

Figura 2. Árbol máximo y cliqué de la secundaria B

Árbol máximo mixto
secundaria B
Corte a 0.10



Cliqué mixto
secundaria B
corte a 0.31



Los tres índices de asociación aquí mencionados así como los grafos filtrados para ordenar los cliqués, encaminan a rechazar la suposición de dominancia de convivencia afectiva como contenido principal de la representación social de la familia en estas poblaciones de adolescentes. Las relaciones más organizadas entre las categorías son las de aquéllas con una connotación negativa, esto es, las que describen las prácticas del maltrato intrafamiliar.

4. Discusión

Como ya se adelantó en la presentación de resultados, al concluir el análisis de contenido pareció que la representación social de la familia efectivamente estaría organizada por términos como los de convivencia, apego, y demás normas y prácticas relacionadas con la cercanía emocional entre padres e hijos. Sin embargo, al reconstruir con el análisis de similitud la organización de la estructura de los términos, la suposición inicial tuvo que ser abandonada. Si bien el tronco del árbol máximo de la secundaria *A* en el bloque favorable se ordenó en torno a los descriptores armonía y confianza, en tanto que en el bloque desfavorable se estructuró en torno a robo y abandono, y el cliqué da la impresión de que la representación de la familia se apega al ideal de convivencia afectiva puesto que únicamente se ensamblan estructuras de términos favorables (véase figura 1), esto es sólo aparente.

Al examinar los árboles y cliqués por sexo en esta secundaria del estado de México, podemos explicar esta apariencia por una sobreposición del cliqué femenino al cliqué total. Las mujeres de la secundaria *A* sí estructuran una idea tradicional de familia apegada a los valores de convivencia afectiva, lo cual podemos comprender al examinar la educación que reciben en un ambiente familiar todavía en proceso de incorporación a una urbanización creciente, por consiguiente aún muy tradicional, además de que estas jóvenes son aún muy pacientes respecto al trato que reciben.

En cambio el análisis filtrado de los varones únicamente ordena una estructura entre drogadicción, maltrato y abandono; y en la dimensión de los términos favorables se perfila una organización hacia los valores tradicionales, los cuales coordinan pero no cierran en cliqué. Por lo tanto, los varones de la secundaria *A* contradicen la suposición inicial de convivencia afectiva como contenido principal de la idea de familia.

En cuanto a la secundaria *B*, la caracterización de la familia que se estructura en la dimensión favorable lo hace solamente en torno a comprensión; y en la dimensión desfavorable en torno a orden y maltrato. El cliqué es claramente contrario a lo supuesto. La concepción más tradicional de convivencia afectiva de la familia se manifiesta en este grupo pero no es el contenido mejor es-

estructurado, por el contrario una realidad siempre encubierta, la del maltrato intrafamiliar, es el contenido dominante en esta población. Conforme a la teoría estructural de las representaciones sociales, esta identificación de la organización de los contenidos de la representación social de la familia, nos lleva a pensar en las prácticas efectivas subyacentes a la vida familiar, como el maltrato, descritas en el segundo apartado.

Los medios de comunicación llaman la atención del público, cada vez más frecuentemente, sobre el maltrato intrafamiliar. Se advierte en la prensa el crecimiento de las denuncias de este fenómeno levantadas en los Ministerios Públicos, se comentan el número de casos de violencia intrafamiliar registrados por el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) que tiende a crecer cada año; o se subrayan algunas de sus consecuencias, por ejemplo, los aproximadamente 13 500 niños de la calle, de los cuales se presume tienen como motivo para huir de sus hogares el maltrato. Sea por televisión, donde la activación de las emociones mediante videos de niños lastimados por golpes permite continuar sin hacer nada, dado el modo de producción de la manipulación de las conciencias. Sea en el radio, los relatos de dramas familiares con motivos de maltrato en algunas de sus variedades son analizados por grupos de expertos cuya opinión sirve temporalmente de sustituto a una consejería o tratamiento efectivo. Estas llamadas de atención son en diferentes medidas y cualidades desenfocadas. La vida familiar en México tiene muchos más episodios de violencia de los que nos imaginamos y de lo que alguna vez los estudios y los medios alcanzarán a registrar. El tipo de violencia que se presenta no es la instrumental en la que se persigue deliberadamente causar un daño a otra persona. Una parte importante de los episodios de maltrato intrafamiliar son del tipo de violencia emocional que no persigue causar daño, aunque en muchas ocasiones lo hace, y tiene como origen una pérdida de control sobre el propio comportamiento, resultado del desbordamiento de las emociones, en particular de la ira (Berkowitz, 1996).

La organización del contenido de la idea de familia en el grupo *B* trae a colación el descriptor “regaños”, y en ambos grupos “golpes”. Por lo tanto hay una coincidencia entre lo evocado por los niños y la “fuerza física” y “la retirada del afecto” como estilos disciplinarios. En ambos grupos continúan vigentes contenidos

que hemos resumido en la idea de convivencia afectiva y que vienen a ser una petición de lo que es deseable conservar o recuperar en la familia: la “comprensión”, el “respeto” y la “comunicación” como formas prácticas del amor entre padres e hijos.

Este estudio muestra entonces que las presiones a las que están sometidos los padres los han puesto en la situación de tener que recurrir a estilos disciplinarios de fuerza física cada vez más frecuentemente. Y también muestra cómo esta práctica disciplinaria es reportada por los adolescentes y está cambiando su imagen de la familia.

Esta situación se puede remediar si los padres son dotados de herramientas mínimas que les permitan identificar sus emociones, manifestarlas, hacer algo con ellas, ser asertivos, reconocer las emociones de sus hijos, animarlos a expresarlas, desarrollar un sentido de la oportunidad respecto a cuándo iniciar una interacción reflexiva sobre los puntos de vista de hijos y padres, aprender a mediar entre posiciones encontradas y negociar acuerdos que permitan reorganizar la convivencia con sus hijos sobre bases más sanas.

5. Conclusiones

La idea de familia de los adolescentes de las dos secundarias estudiadas se inclina a dar relevancia a los contenidos relacionados con el maltrato intrafamiliar, aunque también siguen organizando contenidos del ideal de familia de convivencia afectiva. El respeto de los adultos a los adolescentes es la clave de esta contradicción.

El apartado dos describió las prácticas disciplinarias a las que los adolescentes refieren en los resultados del apartado tercero: “uso de la fuerza”, “retirada del afecto”, “permisividad”, son las denominaciones técnicas de lo que los estudiantes perciben como golpes, gritos y regaños. Además, se describieron las condiciones en las que los padres recurren frecuentemente al estilo disciplinario autoritario, pero no como una forma patológica correspondiente al maltrato intrafamiliar, sino más bien como un desbordamiento de los recursos de los padres que les lleva a caer en la violencia emocional.

El sistema de conocimiento del ser humano no evolucionó para explicarse el mundo, para perfeccionar la razón o para autocomprenderse, su propósito principal es adaptarse al mundo, mantenerse con vida. “La mente funciona para actuar o morir” (Ornstein, 1994). Darle un sentido al comportamiento, en la teoría de las representaciones sociales, quiere decir comprender lo que estamos haciendo en el mundo, saber cómo laborar para mejorar nuestra situación actual. Que el comportamiento tenga un sentido expresa que la actuación humana permita la mejor adaptación posible al mundo. Los adolescentes se han apropiado a su manera de las discusiones de los expertos reseñadas en los medios. Esto les permitirá redefinir la manera de relacionarse con sus familias, una vez que los contenidos enunciados sean motivo de discusiones con los padres.

Habermas tiene razón en cuanto a que el mundo de la vida, en el que se encuentra la familia es una de las fuentes de racionalidad comunicativa orientada a valores, en donde es inevitable continuar con las operaciones de esclarecimiento de las deformaciones que la vida moderna provoca en las vidas humanas, así como lo es la permanente búsqueda de nuevas formas de convivencia. Touraine tiene razón en cuanto a la ausencia de la familia, pero es dudoso alcanzar una escuela capaz de asumir las tareas de la familia o ver surgir una institución capaz de resolver esta ausencia, sobre todo ahora que la educación también está subordinada a la esfera económica y es fuertemente distorsionada por ella. Por último, parecería que también en México los individuos se orientan hacia el establecimiento de relaciones personales de amistad, confianza activa o vida familiar, como propone Giddens, según indican las enunciaciones de los adolescentes y el orden que le otorgan a la comprensión, el respeto y la confianza. Sin embargo, es de temerse que las vicisitudes de la supervivencia en un contexto de modernización económica salvaje dificulte por el momento esa dirección de desarrollo de las relaciones sociales cercanas.

Bibliografía

- Abric, J. C. (1994) *Pratiques sociales et représentations*, Presses Universitaires de France, París.
- Bradley, B.S. (1992) *Concepciones de la Infancia: Introducción crítica a la psicología del niño*, Alianza Editorial, Madrid.
- Berkowitz, L. (1996) *Agresión. Causas, Consecuencias y Control*, Desclée De Brouwer, Bilbao.
- Carrillo G. y Manjarrez J. (1999) *Taller de Sensibilización a la comunicación en la familia* (inédito)
- Coon, D. (1999) *Psicología: exploración y aplicaciones*. Octava edición, Thomson Editores, México.
- Eyer, D. (1995) *Vinculación Madre-Hijo*, Herder, Madrid.
- Giddens, A. (1993) *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- _____ (1995) *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona.
- Guevara, G. (1996) *La catástrofe silenciosa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gutiérrez, R. (1998) *Manual de usuario PMS*, mimeo.
- Habermas, J. (1987) *Teoría de la acción comunicativa*, Vol. I, Taurus, Madrid.
- Hoffman, L., Paris, S. y Hall, E. (1996) *Psicología del desarrollo boy*, McGrawHill, Madrid.
- Kempe, R.S. y Kempe, C.H. (1979) *Niños Maltratados*, Madrid, Morata.
- Lasch, C. (1984) *Refugio en un mundo despiadado*, Gedisa, Barcelona.
- Manjarrez, J. y Carrillo P. (1999) *Reporte de Taller de sensibilización a la comunicación familiar*. Datos crudos no publicados.
- Monsiváis, C. (1999) “De laberintos y confusiones», Primera sección”, El Universal, México, 21 de marzo de 1999, p. 7,
- Moscovici, S. (1979) *El psicoanálisis su imagen y su público*, Huemul, Buenos Aires.
- Murdock, G. P. (1949) *Social Structure*, McMillan, Nueva York.
- Ornstein, R. (1994) *La evolución de la conciencia*. Emecé editores. Barcelona.

- Poppel, E. (1993) *Los límites de la conciencia*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- Satir, V. (1995) *Psicoterapia familiar conjunta*, La Prensa Médica Mexicana, México.
- Touraine, A. (1997) *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Weber, M. (1984) *Ensayos sobre sociología de la religión*, Tomo I, Taurus, Madrid.